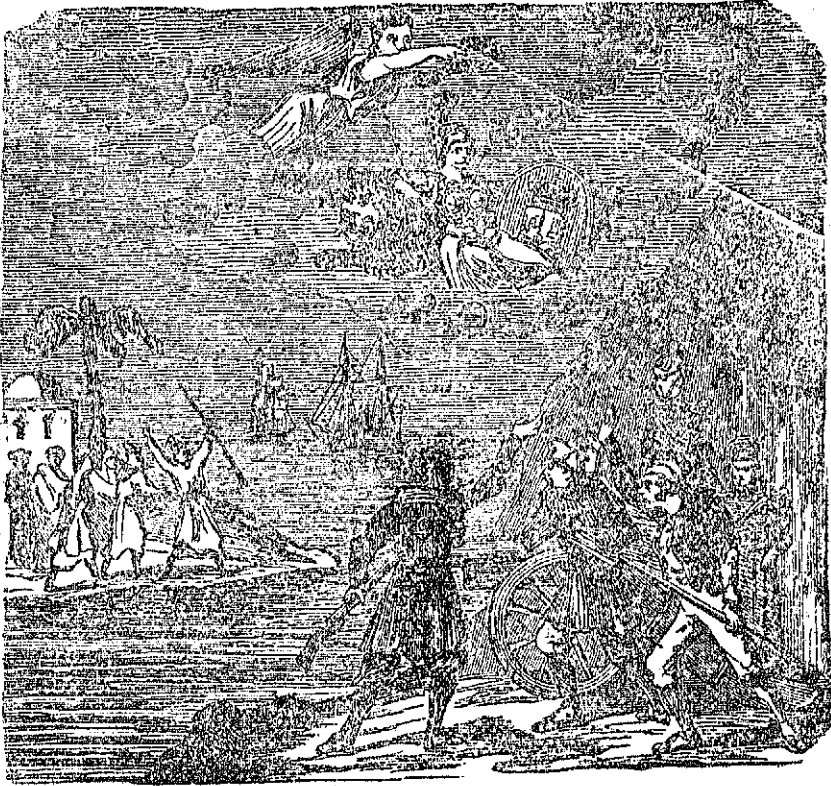


CUATRO PLIEGOS



# HISTORIA

DE LA

## GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA EN 1859

ESCRITA Y DIVIDIDA EN ROMANCES

POR E. B.

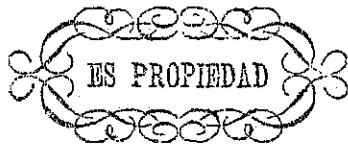
---

MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, núm. 11.



R. C. 1859



---

## PRÓLOGO.

---

«Si el acontecimiento de la guerra de África es un hecho aislado que pasa y se borra con el tiempo para aquellos que solo viven de lo presente, y que por eso no leen mas que los periódicos del día, hay gentes mas sencillas y de mas corazón, aunque acaso menos ilustradas, para quienes aquel glorioso acontecimiento tiene un interés siempre palpitante.

»Esas buenas y honradas gentes del pueblo miran aun conmovidas hácia las costas africanas, y alguna pobre madre habrá en las olvidadas aldeas que, por lo grande de su amor, no haya podido todavía convencerse de la muerte de su valiente hijo, y que suba quizás todas las tardes á alguna empinada colina, para dominar el camino del pueblo y ver si llega el perdido pedazo de sus entrañas. Y cuando el sol se haya ocultado tan triste como las esperanzas que nos abandonan, volverá la madre desolada á su hogar humilde; y si le dicen otra vez que su hijo murió en la guerra, querrá saber al menos cómo murió; si murió peleando como bueno, como hijo honrado y digno de su patria; y si en algun corrillo oye leer un sencillo canto describiendo

do uno de los gloriosos combates, en cada grupo que avanza al son de ataque, creará ella ver á su hijo ilustrando con su sangre generosa el nombre de su nacion y el de su familia.»

Así se expresaba don Eduardo Bustillo, autor del «Romancero» al frente de la tercera edicion de su libro; y nosotros repetimos sus palabras, porque para las buenas y honradas gentes del pueblo hacemos esta edicion, autorizados generosamente por dicho señor Bustillo, que ha comprendido nuestro noble deseo de hacer que llegue á las clases mas humildes de nuestra sociedad esta coleccion de romances, que, á la vez que deleitan é instruyen, despiertan y mantienen vivo en el alma el mas acendrado sentimiento del amor patrio, gérmen de altas virtudes.

El pueblo agradecerá, de seguro, que pongamos en sus manos, por tan poquísima costa, estas páginas tan sencillas como elocuentes, en que se refleja el verdadero y noble espíritu nacional.



# ROMANCE PRIMERO.

---

## INTRODUCCION.

I.

Soy el cantor de la guerra,  
y en mis romances el alma  
no busca lauros, que busca  
el santo amor de la Patria.  
No es mi voz la voz del genio  
que atrevida se levanta,  
ni es el triunfo del artista  
el norte de mi esperanza.  
Mas, aunque humilde mi nombre,  
mi propio acento me basta;  
que honran las glorias de un pueblo  
á los hijos que las cantan.

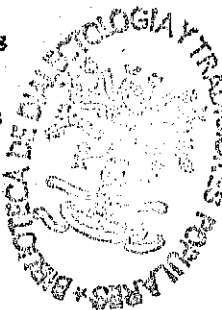
En el seno del hogar  
madres, amantes y hermanas,  
orando por los que lidian,  
á los que lidian aguardan.  
Si corazones que sienten  
responden á mis palabras;  
si al descubrir mis afectos,  
sus nobles afectos hallan,  
y vierten sobre mi libro  
de gratitud una lágrima,  
no quiere mas recompensa  
el que la logró tan alta.

II.

¿Por qué aprestan los cristianos  
contra los moros las armas?  
Los hijos del Cid, que cruzan  
las arenas africanas,  
¿buscan tesoros inmensos?  
¿grandes conquistas preparan?  
¿sueñan hallar otro mundo  
en los breñales del Atlas?

Es mas alto su destino:  
defender la santa causa  
de su honor, que pide sangre,  
porque una afrenta le mancha;  
que *las manchas del honor*  
*solo con sangre se lavan.*

—Un día, ciegos, guiados  
por el odio á nuestra raza,  
odio á muerte, que es en ellos  
huésped eterno del alma,  
llegaron hasta los muros  
de alguna de nuestras plazas  
para hollar con su aliento  
los puros timbres de España.  
«¡Estaba escrito!»—gritaron  
aquellas hordas fanáticas;—



«el grande Alá nos conduce,  
su voluntad nos arrastra.»

III.

Pero España no dormía.  
Hoy sus hijos ya levantan  
la frente, donde refleja  
el sol de glorias pasadas.  
Y mientras «¡Estaba escrito!»  
gritan las salvajes kábilas,  
ellos, en el solo Dios  
poniendo su confianza,  
ofrecen su sangre toda  
del patrio honor en las aras.

Y es que á su causa va unida  
la mision mas noble y santa;  
y es que, ademas de la honra,  
el cielo su fé reclama,  
porque la lleven consigo  
á regiones apartadas,  
en donde los pueblos gimen

esclavos de la ignorancia,  
sin leyes, sin luz, sin vida,  
sin la dignidad humana,  
errantes y envilecidos,  
con el cansancio en el alma,  
maldiciendo sus recuerdos  
y ahogando sus esperanzas.

IV.

Por eso á la faz del mundo  
en pos del destino marcha,  
y hará que brillen sus timbres  
con sus gloriosas hazañas.

Por eso empieza sus cantos  
el trovador entusiasta,  
que otro premio no ambiciona  
que el santo amor de la patria.  
Y aunque sabe que es humilde,  
su acento propio le basta;  
que honran las glorias de un pueblo  
á los hijos que las cantan.

ROMANCE II.

LA VOLUNTAD NACIONAL.

Va para bien se convocan  
Córtes que van á tratar  
de la guerra justa y santa  
que exige la dignidad  
del gran pueblo que en mal hora  
vió sus timbres mancillar.  
Diéronse bastantes plazos  
al gobierno del Sultan,  
y mas esperar no puede  
honor que manchado está,  
que si al tiempo se abandona  
no ha de poderse lavar

Y la nacion que así duerme,  
y no despierta jamás,  
y disfruta en la deshonra  
de su vergonzosa paz,  
si en sueños abre los ojos,  
abatida se verá,  
befada, pobre, sin hijos,  
sin amor, sin libertad.  
Y España no puede nunca  
á alta frente inclinar;

que ostenta escritos en ella  
nombres que siempre serán  
espanto de la morisma,  
gloria de la cristiandad.

II.

Acude el pueblo entusiasta,  
y rodea con afán  
el palacio de las Córtes,  
porque anhela saber ya  
si dignamente interpretan  
su enérgica voluntad  
los que al sagrado recinto  
á representarla van.

Muy bien supo el de Lucena  
su noble alicento mostrar;  
bien le aplauden, bien le elogian  
los que escuchándole están,  
los amigos y leales  
y los que le quieren mal.  
Que allí no luchan partidos  
ambiciosos de mandar;  
que allí se truecan rencores

en pura y santa amistad,  
y allí son todos hermanos  
y todos á un punto van,  
y en los lábios elocuentes  
brilla solo la verdad,  
porque al corazón la dicta  
el orgullo nacional.

Otros no fueran los hijos  
de la Pátria de Guzman;  
ella su amor les negara,  
haciéndoles ver quizás  
que es vez solemne del cielo  
ese grito popular,  
que hasta el templo de las leyes  
penetra como raudal  
de inspiraciones divinas  
que alento á los buenos dan.

III.

Y como en las causas justas

los buenos siempre son mas,  
ellos responder supieron  
del pueblo al inquieto afán;  
que el fuego del amor pátrio  
no alienta en vano jamás.

Declarase al fin la guerra  
al gobierno del Sultan;  
que mas plazo dar no puede  
honor que manchado está;  
y España no quiere nunca  
con la deshonra la paz,  
ni quiere ver á sus hijos  
sin familia, sin hogar,  
regando con tristes lágrimas  
de la esclavitud el pan.  
Que quiere ver la ventura  
sobre su frente brillar,  
porque disfruten tranquilos  
de su amor y libertad.

ROMANCE III.

LAS JOYAS REALES.

I.

Del alcázar de los reyes  
en una estancia lujosa,  
que el arte con galas viste  
y el gusto esquisito adorna,  
Isabel á sus ministros  
pide el consejo que importa  
al interés nacional  
en asuntos de la honra.

El corazón de la Reina  
profundamente impresionan  
las palabras del Consejo:  
y mientras oír la toca,  
mal con sonrisas encubre  
su ansiedad y su zozobra:  
que el corazón franco y noble  
cuando sufre y cuando goza,  
su sentimiento revela,  
aunque la razón se oponga,  
porque es el rostro el espejo  
de sus impresiones todas.

II

Y aunque el alma de la Reina  
bien los peligros arrostra,

solo en sus queridos pueblos  
piensa en tan solemnes horas.

Ella sabe que la lucha  
será terrible y penosa;  
que ha de costar mucha sangre  
á nuestras valientes tropas;  
que será causa de luto,  
sobresaltos y caugojas.  
Y tan tristes pensamientos  
la desconsuelan, la agobian;  
y deja correr el llanto,  
y su pecho desahoga,  
y sus pesares alivia,  
y algo de su aliento cobra.

III.

Levanta Isabel la frente;  
con expresión melancólica  
algunas frases pronuncia,  
que el sentimiento avalora.  
Y nuevas preguntas hace,  
en que el vivo afán se nota,  
y mientras habla el Consejo,  
a sus inquietudes torna.

Lo que dijo el de Lucena  
bien su lealtad abona.

y unánimes los Ministros  
con sus razones le apoyan.

No le ocultan á la Reina  
la situación angustiosa  
de la Patria, que á sus hijos  
lleva á region tan remota  
á combatir con salvajes  
guarecidos en las rocas,  
atravesando desiertos  
en que las fuentes no brotan,  
cruzando bosques incultos,  
donde el fuerte cedro tronchan  
los huracanes que silban  
entre la terrible sombra.

IV

Allí la guerra empeñada  
es doblemente costosa,  
y sacrificios exige  
que los recursos agotan  
de la nación que en el mundo  
se ostente mas poderosa.

Valor á España no falta,  
firme voluntad la sobra;  
mas para empresa tan grande  
serán sus riquezas pocas;  
que tarde acaban las luchas  
en que honor venganza toma.

Bien lo comprende Isabel,  
y ella, que á su pueblo adora,  
no quiere que el pan le falte  
cuando á los peligros corra,  
mientras guarde su palacio  
brillantes, perlas y aromas.

Las palabras que ella dijo,  
dichas fueron en buen hora;  
el que de español se precie  
bien las oirá de mi boca:  
—«Que se tasan y se vendan

todas mis preciadas joyas,  
y que de mi patrimonio  
con libertad se disponga,  
si así de tan santa empresa  
los altos fines se logran.»—

Los Ministros que la oyeran  
ante la Reina se postran,  
mas con palabras no dicen  
lo que con el alma gozan.

V.

Bien haya la Sobera  
que así lleva su corona,  
la que bendice á sus pueblos,  
la que sus pueblos adoran,  
la que tiene el alma noble,  
la que á Isabel la Católica  
va unida por el destino  
en el libro de la historia.

Si por alcanzar un mundo  
aquella inmortal Matrona  
con su fé le dió á Colon  
todas sus piedras preciosas,  
hoy ofrece nuestra Reina  
los brillantes que la adornan  
á las valientes falanges  
que á gran hazaña se arrojan.

Santa es la ofrenda, Isabel,  
y la nación Española  
por ser tuya la agradece,  
aunque la ofrenda no toma.

Guarda, Isabel, tus alhajas,  
guarda tus preciosas joyas;  
que las perlas de una Reina  
bien están en su corona.

Sin que se grave á tus pueblos  
recursos al fin se logran;  
que ofrecen hacienda y vida  
los que de honrados blasonan.

## ROMANCE IV.

### DESPEDIDA DEL CAUDILLO.

I.

Grita el soldado: «¡A las armas!»  
y con aprestos de guerra,  
levanta el pueblo la frente,  
la noble Patria despierta.  
Almas libres con su canto  
el inmenso espacio llenan,

y en sus eternos murmullos  
el mar los ecos remeda,  
cuando enfurecido bate  
las africanas arenas,  
y alza su espuma teñida  
con sangre de nuestra afrenta.

Esos gritos de entusiasmo,



Y el acento del poeta  
 Y los ecos de su lira,  
 Que con el rumor se mezclan  
 de las agitadas olas;  
 Que van pregonando quejas,  
 todo parece decir,  
 para que el mundo lo sepa,  
 que aun hay Patria que por héroes  
 los queridos hijos cuentan,  
 donde los Pelayos viven,  
 donde Guzmanès alientan.

## II.

¡Ved! ya solo la señal  
 aguardan nuestras banderas  
 para desplegarse al viento  
 y volar á la pelea.  
 Los pechos en que se apoyan  
 latiendo están de impaciencia;  
 y la multitud acrece,  
 y las miradas inquietas  
 en torno giran y buscan  
 al que en hora ya suprema  
 guiar debe á sus hermanos  
 á la terrible contienda.

¡Callad... él es... el caudillo!  
 cruza con frente serena,  
 brilla en sus ojos un rayo  
 de esperanza... ya le cerca  
 la muchedumbre entusiasta,  
 y le aplaude y victorea.

—¡Paso al campeón!— ¿Adónde  
 marcha con planta resuelta?  
 ¿Sabeis qué busca?— Un adiós  
 del corazón de la Reina.

—¡Oh! que Isabel te bendiga,  
 noble conde de Lucena.

## III.

Al alcázar llega e... de,  
 y abismado en su alta idea,  
 aguarda en rico aposento  
 de sus Reyes la presencia.  
 Y admirando allá en su mente  
 las hazañas de otras épocas,  
 evoca sombras ilustres  
 que apoyo den á sus fuerzas;  
 que el alma de mejor temple  
 no resiste algunas pruebas,  
 y, á su pesar, la del Conde  
 en aquel momento tiembla.

Los que la española sangre

AFRICA.

sentis arder en las venas,  
 decid si en aquellas horas  
 algo santo no revela  
 la madre que con sus hijos  
 y su esposo se presenta,  
 y dice con una lágrima  
 lo que mil frases no expresa  
 ¡Ved que también llora el Conde,  
 y lágrimas que consuelan;  
 que el llanto del amor patrio  
 fecundiza cuanto riega!

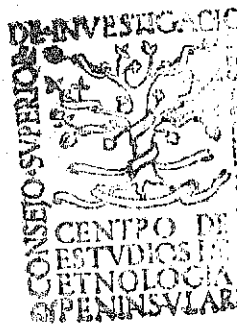
## IV.

Duró la lucha un instante  
 entre la madre y la reina:  
 sus súbditos son sus hijos,  
 y á Dios por sus hijos ruega,  
 que á la guerra ya se marchan  
 y á muerte sera la guerra.  
 Mucha fe tiene en el Conde,  
 porque es grande su nobleza;  
 pero aprendió desde niña,  
 de San Fernando la nieta,  
 que si del cielo no vienen,  
 no habrá glorias en la tierra.  
 — ¡Partid, general! exclama,  
 id al campo en hora buena:  
 Dios y la Patria os bendicen,  
 y vuestros Reyes esperan  
 que armas benditas de Dios  
 consigo los triunfos lleven.

## V.

Con la voz del sentimiento  
 el caudillo le contesta,  
 y el rostro del niño Príncipe  
 absorto á la par contempla.  
 Con noble orgullo de madre  
 Isabel se le presenta,  
 y él... con ternura y respeto  
 la pura frente le besa.

¡Oh! Leopoldo, tú juraste  
 la venganza de la ofensa,  
 y con un beso la fe  
 de tu juramento sellas.  
 Virtudes de los Alfonsos  
 brillan en la frente egrégia  
 de aquel niño, y al besarla  
 tú has aspirado su esencia,  
 fuego sagrado que enciende  
 tu corazón y le eleva,  
 porque por la Patria lidies,  
 porque por la Patria venzas.



VI.

Ya inclina la frente el Conde;  
ya Isabel con mano trémula  
sobre el cuello le coloca  
la milagrosa cadena.  
Cada cruz, cada medalla  
es un tesoro que encierra  
una lágrima de madre  
y una bendición de Reina.  
—Parte á la guerra, buen Conde;  
buen Conde, parte á la guerra,  
y en el calor del combate

la rica joya no pierdas.

Y si tu virtud apoyas  
en la que tiene sus perlas,  
que la sangre del vencido  
no manche la real ofrenda.  
Que es el alma de Isabel  
un manantial de clemencia,  
y el pueblo español perdona,  
como perdona su Reina.  
—Parte á la guerra, buen Conde;  
buen Conde, parte á la guerra,  
y del beso no te olvides  
ni la rica joya pierdas.

ROMANCE V.

UN ADIOS Á LA PATRIA.

I.

Lánzanse al mar los valientes  
en que la patria confia,  
los que dejan, con su hogar,  
las prendas porque suspiran,  
siendo sus dulces recuerdos  
de sus esperanzas vida,  
himnos guerreros cantando  
entre lágrimas y risas,  
dando á su valor apoyo  
con la fe que los anima,  
que al combate van con ellos  
Dios, la Patria, la familia.

¡Playas de Valencia y Cádiz,  
de Málaga y Algeciras,  
testigos fuisteis vosotras  
de tan tierna despedida!  
El adios de nuestros héroes  
le repiten intranquilas  
entre sus vagos murmullos  
las olas que os acariciaban.  
Y ese adios, ¡cuántos afectos  
encierra que no se explican!  
¡cuántas promesas de amor!  
¡cuántas dulces armonías!  
—Coronáronse las rocas,  
cubriéronse las orillas  
de ajitada muchedumbre,  
que corre, se afana, y grita,  
dando vivas á la Patria,  
dando al Ejército vivas.

II.

¡Silencio!... La multitud  
ya con respeto se inclina;  
ya el venerable prelado  
haciendo sobre el mar la vista,  
y armas y naves bendice,  
y Dios al triunfo las guía.

¡Allá van!... entre las brumas  
apenas ya se divisan;  
el humo de los vapores  
poco á poco se disipa,  
y cubren montes de espuma  
surcos que dejan las quillas.

¡Allá van!... ¡hora solemne  
de santa melancolía!  
¡Muere el sol!... en el espacio  
pálida la luna brilla,  
triste como el sol que muere,  
como el alma que suspira  
para vivir de esperanzas  
entre las olas perdidas.

¡Allá van!... ¡lejos, muy lejos  
del hogar y la familia!  
¿Cuántos volverán, y cuándo,  
á nuestras playas benditas?...  
—¿Qué importa?... La madre Patria  
sus hazañas adivina,  
las naciones los contemplan,  
sus hermanos los envidian...  
¡Ellos volverán con honra,  
que Dios al triunfo los guía!

## ROMANCE VI.

### LAS ALTURAS DEL SERRALLO.

I.

Pisan ya nuestros valientes  
la tierra del africano;  
que humillar pudieron ellos  
las olas del mar airado.

Dejan la plaza de Ceuta,  
avanzan ya por los campos,  
y cruzan secas llanuras,  
y jarales y pantanos,  
para batir á los moros  
entre sus mismos peñascos.

Echagüe, que al frente marcha,  
el General esforzado,  
previendo va los peligros  
con la sonrisa en los labios.  
Y él y los bizarros jefes  
y oficiales y soldados,  
todos con ardor anhelan  
verter en dulce holocausto  
la primer gota de sangre,  
ofrenda del amor pátrio.

¡Ellos los primeros héroes!  
Ellos que, siempre avanzando,  
abren el libro magnífico  
de nuestro destino santo,  
donde sus nombres ilustres  
verán immortalizados.  
Ellos celebrar supieron,  
valientes como bizarros,  
el gran día de su Reina  
cubriéndose ricos lauros.

Alegres fijan la vista  
en el otero lejano.  
Apenas el sol naciente  
baña con débiles rayos  
las escarpadas alturas  
que dominan el Serrallo.

Allí están los enemigos,  
sin orden, diseminados,  
con su salvaje fiera,

con sus instintos fanáticos,  
vuelta la faz al Oriente  
para saludar al astro.

II.

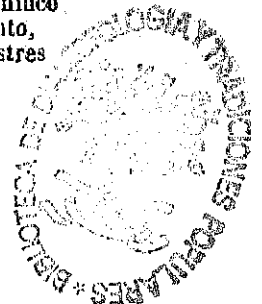
Siguen su marcha los nuestros  
bosques inmensos talando;  
que ya la naturaleza  
quiere cerrarles el paso,  
madre que guarda sus hijos  
entre sus incultos brazos.

Mas la voluntad, que es firme,  
vence los grandes obstáculos,  
y ¡allá van! siempre adelante,  
al enemigo acosando  
para ganar las alturas  
que dominan el Serrallo.

¡Truena el fusil... y los moros,  
que el arruinado palacio  
cercaban, dando alaridos,  
le abandonan al cristiano.

Templo fué de los placeres,  
templo de grandeza y fausto;  
los huracanes del tiempo  
sus columnas derribaron.  
Sobre ellas, de nuestra gloria  
suenan los primeros cantos...  
¡Con sangre los escribieron  
nuestros valientes hermanos!

¡Vedlos! ya de las alturas  
al enemigo arrojaron.  
¡Completa fué la victoria  
que los coronó de laurel!  
Con ellos aquel gran día  
nuestros héroes celebraron.  
Y á su Reina y á su Patria  
saludan con entusiasmo,  
abriendo el libro magnífico  
de nuestro destino santo,  
donde sus nombres ilustres  
verán immortalizados.



## ROMANCE VII.

EL BOQUETE DE ANGHERRÁ.—VALOR Y PIEDAD.

Amenazando á saltar  
los reductos y los fosos,  
atacan con rudo empuje  
y en gran número los moros,  
tropel de tigres hambrientos,  
cuyo alarido espantoso  
zumba con el vendehal  
y los bramidos del ponto.

Ante el boquete de Angherra,  
aquel antro pavoroso  
donde hallan sendas las tribus  
para los pueblos remotos;  
ante aquel gran centinela  
que guarda en su negro fondo  
del bárbaro fanatismo  
los misterios tenebrosos,  
á rechazar el ataque  
con decision están prontos  
del regimiento del Rey  
los batallones heroicos.

Arreca del enemigo  
la furia, ya silba el plomo,  
y cual si el fragor creciente  
de sus armas fue: poco,  
denuestos y maldiciosos  
fulminan con gritos roncros.  
Y detrás de cada peña  
asoman sus negros rostros,  
y en los arbustos y brezos  
buscan siempre firme apoyo,  
porque aseguren sus tiros  
las víctimas de su encono.  
Y tras los grupos que luchan  
aparecen otros y otros,  
que salen de sus guaridas  
como cárníceros lobos.  
Pilas de sus mismos muertos  
oponen dique á su arrojé,  
y mas redoblan su furia  
cuantos mas muerden el polvo.

### II.

Los nuestros de su terreno  
no ceden un palmo solo.

y aunque el cielo les abruma  
con su aspecto tormentoso  
y con la lluvia que en lagos  
trueca barrancos y fosos,  
ciento del Rey se sostienen  
contra cuatrocientos moros.

Entre aquellos cazadores  
hay algunos harto mozos;  
pero solo por sus años  
tuvieran por bisoños;  
que en aquel rudo combate  
fueron veteranos todos.

Ya ejecutan con buen orden  
los movimientos forzosos  
de repliegue, bien que á costa  
de la sangre de unos pocos.

¡Ay! que el infiel se apercebe!  
¡ay que avanza cauteloso!  
y el pobre soldado herido  
que en el campo yace solo,  
presa será de la fiera  
y víctima de su odio.

¡Juan Molina, Juan Molina!  
¿quien te prestará socorro,  
si van los tuyos tan lejos,  
y te cercan ya los moros?

### III.

Pero ya llega un soldado,  
saltando peñas y troncos.  
De sudor viene cubierto,  
cubierto viene de lodo,  
la agitacion de su espíritu  
bien se retrata en su rostro,  
y avanza, y avanza siempre,  
febril, descompuesto, roto.

Llega al infiel, blande el arma  
sembrando la muerte en torno,  
y entre aquel turbion de furias  
abriendo camino angosto,  
les arrebató á su amigo,  
le carga sobre sus hombros,  
y entre el mortífero fuego,  
sin cuidarse de sí propio,  
llega hasta su compañía,  
que aguarda muda de asombro.

Francisco Lopez se llama  
el de valor tan heróico.  
Quien tal intenta y tal hace,

por valiente y por piadoso  
alcanza un nombre inmortel  
grabado con letras de oro.

## ROMANCE VIII.

EL DIA 25 DE NOVIEMBRE.

I.  
Cuatro mil moros avanzan,  
para el ataque dispuestos;  
muchos eran lo infantiles,  
jinetes eran los menos;  
con su salvaje algazara  
vienen asordando el viento  
hacia el famoso Boquete  
donde ya vencidos fueron.  
Por dos lados el reducto  
atacan al mismo tiempo,  
y el brigadier Sandoval,  
para su defensa presto,  
ya lleva con su brigada  
cien valientes artilleros.  
La casa del Renegado  
detrás está de sus puestos;  
desde allí con gran destreza  
dirigen todos sus fuegos  
á los grupos de los moros,  
que hacen terribles esfuerzos,  
y mas avanzan osados  
quanto se ven mas deshechos.

Los cazadores de *Alcántara*  
y de *Madrid* con empeño  
defienden sus posiciones,  
aunque sobre mal terreno.

En apretadas columnas  
y armado el terrible acero,  
allá van los de *Borbon*,  
conducidos con denuedo  
por Caballero de Rodas,  
que es bizarro caballero.  
Muchas y brillantes cargas  
aquellos valiente dieron;  
de cadáveres de moros  
ya queda el campo cubierto,  
nuestras son sus municiones,  
sus armas y sus arreos...  
¡Adelante y viva España!  
que por España vencemos!

II.

¡Ay! ¡que ya vuelven los moros

con gruesas masas rehechos!  
¡Ay! que los suyos son muchos,  
y son muy pocos los nuestros!  
y así se ven acosados  
por los tigres del desierto,  
que en los bosques se defienden  
por no lidiar como buevos.

Mas los de *Madrid* no cejan,  
siempre firmes en su puesto.  
Gloriosamente en el campo  
su jefe Pinies ha muerto,  
*Ochotorena* es herido,  
y aunque en la lucha cayeron  
otros muchos oficiales  
que eran la flor del Ejército,  
aquel monton de valientes  
entre el mortífero fuego  
rechaza siempre al alarbe,  
sin que desmaye su aliento.

¡Ay! que tambien los de *Alcántara*  
se ven en trance tan fiero!  
Pero *Talavera* y *Mérida*  
ya llegan en su refuerzo,  
mandados con bizarría  
por el coronel Berruezo;  
y cargan una vez y otra,  
y van ganando terreno,  
y acerralan á las fieras,  
que huyen por montes y cerros.

Herido el valiente Echagüe  
en los terribles momentos,  
ceder el mando no quiere  
sin que la gloria del Cuerpo  
el puro bálsamo sea  
del dolor que está sufriendo.  
Si ricos lauros ganamos,  
preciosa sangre vertemos;  
mas de cadáveres moros  
el campo queda cubierto,  
y armas, caballos, preseas,  
todo es nuestro, todo es nuestro.  
¡Adelante y viva España!  
que por España vencemos!



## ROMANCE IX.

EL 30 DE NOVIEMBRE.

### I.

Recobran fuerza los moros!  
de Benzú y Anghera suben,  
y antes que para el ataque  
con sordo fragor se juntan,  
en su corcel de batalla  
O-Donnell al punto acude,  
y hace que sus ayudantes  
veloces el campo crucen,  
porque sus prudentes órdenes  
con precision se ejecuten.

Gasset, que en el mando á Ecbagile  
dignamente sustituye,  
logra que el valiente Cuerpo  
puestos de defensa ocupe.

Y avanza el turbion de moros,  
y cae cual triple nube  
sobre nuestros batallones,  
y con sus fuegos los cubre.

Pero los nuestros no ceden,  
la lluvia de plomo sufren,  
y con certeras descargas  
rechazan el duro empuje.

Ya la frente los infieles  
ante nuestras armas hunden,  
ya vuelven con doble furia,  
ya desesperados rugen,  
ya retroceden diezmos  
y hácia las fragosas cumbres,  
y hácia los espesos bosques  
por negros barrancos huyen.

—¡Oh! no mas, cruel africano,  
de nuestro poder te burlas,  
porque las deudas se pagan.  
porque los plazos se cumplen.

### II.

Allá, sobre aquella roca,  
donde mil armas relucen,  
la Casa del Renegado  
entre el brezo se descubre.

Con tu alarido salvaje  
no turbes, infiel, no turbes  
la calma de esa mansion,  
donde hay un alma que sufre,  
contemplando el paraiso  
causa de sus inquietudes,  
tan triste á sus esperanzas  
cuanto á sus recuerdos dulce.

Ya comprendo el ¡ay! que exhalas  
los moros desde la cumbre...

¡Están cortados, perdidos!  
Los valientes que conduce

el intrépido Makenna  
con una carga interrumpen  
su solo paso, y en ellos  
el desórden introduce.

—De un lado el mar que á tus pies  
en son de amenaza bulle;

del otro el terrible acero  
del de las benditas cruces,

¿á dónde irás, el alarbe,  
que tu perdicion no busques?

Rinde el arma á los cristianos,  
y de su virtud no dudes.

¡Mira!... sobre el sol que muere  
una sola estrella luce,  
y es la Caridad cristiana,  
y es tu salvacion, tu lumbré.

¡Fanáticos! no comprenden,  
cuando en denuestos prorumpen  
que nuestra clemencia nace  
donde su poder concluye.

Y ¡allá van! ¡y se derrumban!...

sus cuerpos chocan y crujan,  
y con sus deshechas armas  
en el ponto se confunden,  
y el que en los riscos no muere,  
entre las olas sucumbe.

—¡Oh! no mas, cruel africano,  
de nuestro poder te burlas!

Ve que las deudas se pagan  
y que los plazos se cumplen.



## ROMANCE X.

UNA MISA SOLEMNE.—ELLOS Y NOSOTROS.

### I.

Escarmentadas, deshechas  
aquellas hordas feroces,  
que á ocultar fueron su ruina  
en la Sierra de Bullones;  
desde aquel día terrible  
en que se hundieron de un golpe,  
con su fanático aliento,  
sus armas y sus pendones,  
solo atacaron dos veces,  
y en los valles y en los montes  
ellos fueron los vencidos,  
nosotros los vencedores.  
Y lo que valen mostraron  
en aquellas dos acciones  
el buen Conde de Paredes  
y de Reus el buen Conde.  
Mas ¡ay! que siempre los lauros  
que nuestra Patria recoge  
son regados con la sangre  
de sus hijos los mas nobles.  
Y ¿qué mucho que la Patria,  
de Molins la muerte flore,  
aunque allá sobre la tumba  
eternos laureles broten,  
si era el Coronel bizarro  
modelo de campeones,  
tan sereno en los peligros  
como prudente en las órdenes?...

### II.

Es el quince de Diciembre.  
Por disposición de O-Donnell  
ya se celebra la misa  
que todos los cuerpos oyen,  
porque los hermanos de armas  
que ganada tamba esconde,  
de Dios, de su eterna gloria,  
cual puros mártires gocen.  
¡Bendito, sublime instantel  
Ya las músicas acordes  
lleven á los campamentos

los melancólicos sonos,  
que para alzarse hasta Dios  
al espíritu disponen.  
Al ara pura y sencilla  
ya se acerca el Sacerdote;  
sobre ella estiende sus brazos  
el Redentor de los hombres,  
que con divinas miradas  
anima los corazones.

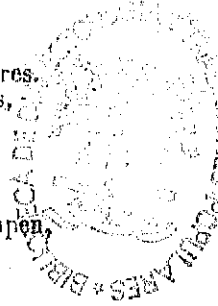
El ara se alza en las peñas  
sin cintas, joyas ni flores,  
y su dosel son las nubes,  
y es el sol que dora el monte  
la lámpara de aquel templo,  
cuyas grandezas imponen;  
que está allí la Majestad  
del que domina los orbes.  
Y ante ella rinden sus armas  
los cristianos invasores,  
y doblan la altiva frente  
y en sentidas oraciones  
apoyo encuentra su fé  
porque la empresa corone.

### III.

¿Adónde el bárbaro alarbe  
impotente y ciego corre,  
cuando el Dios de los Ejércitos  
á su arrogancia se opone?

Los de las cruces benditas  
lidian hoy con fuerzas dobles,  
y su nueva enseña tienen  
en los sagrados blasones  
de los estandartes régios,  
que anuncian triunfos mayores.

Quince mil son los infantes,  
mas de mil son los bridones  
que descienden de la sierra  
en gruesas masas informes.  
Grupos de distintas tribus  
por la izquierda el fuego rompen,  
atacan el centro, y luego  
por toda la línea corrense.



Y con nutridas descarga-  
nuestros valientes responden,  
y truenan la artillería,  
y en los barrancos y bosques  
van á ocultarse las hábiles,  
y dando terribles notes  
lanzase allá los jinetes,  
cual fantásticas visiones,  
raudos el aire batiendo

con sus blancos albornoces.  
¡Brillante fué la jornada!  
Ya vuelven los batallones,  
y al frente Gasset, García  
y Ros de Olano y O'Donnell.  
Y así tras los africanos  
avanzan los Españoles;  
ellos siempre los vencidos,  
nosotros los vencedores.

## ROMANCE XI.

### LA NOCHE-BUENA EN EL CAMPAMENTO.

#### I.

Ya Noche la Noche-Buena  
con su alegría sin fin;  
todo es broma y algazara,  
todo es cantar y reír.

Las fogatas por acá,  
las fogatas por allí,  
do quiera se come y bebe,  
cada tienda es un festín,  
juegan en esta al tresillo,  
en aquellas al bis bis,  
corre en unas Valdepeñas,  
y en otra vino del Rhin.  
Mendean chistes, cuentos  
y anécdotas de Madrid,  
éntónanse villancicos  
con acento pastoril.

Una pandereta suena,  
y á la vez déjanse oír,  
con la garganta imitados,  
ya el rabel, ya el tamboril.  
Cantan los soldados luego,  
al uso de su país,  
zorcicos, playeras, jotas,  
la muñeira y otras mil.

Y mientras los centinelas  
de avanzada, sin dormir,  
con recuerdos de la Patria  
pasan la noche feliz,  
y es su cantar el alerta!  
su compañero el fusil.

#### II.

—Venga acá la cantinera!—

dice el cabo Pedro Ruiz,  
que es galante con las mozas,  
y con los moros un Cid.  
—¿Qué quiere á la cantinera  
el buen Cabo?

—Ven aquí,

que quiero ver ese rostro  
de bendito serafín,  
y ese garbo y esa gracia  
y ese modo de decir,  
que me tienes mas difunto  
que el moro Junlun-Jilin,  
que escabeché la otra tarde  
de un golpe de histuri.

—¿Y es de veras, cazador?  
—Lo mismo que he de morir.

A cazar vine de España,  
á cazar moros del Rif;  
mas pierdo la puntería  
cuando me acuerdo de tí.  
Ya tengo seco el gazaite,  
trae acá tu botiquin,  
a ver si me refrigero  
con unas gotas de anís;  
que ya acabamos del tinto  
las dos racioncillas y...  
si esta noche es Noche-Buena,  
no es noche de...

—¡Cabo Ruiz!

Si busca usted una mona,  
no pillarla por aquí;  
qué en Tetuan una docena  
cuesta diez maravedís,  
y hácia allá vamos andando,



que lo dijo Don Juan Prin.  
— ¡Bien por nuestros generales,  
que valen un Potosí!  
Con ellos hacen mas cuatro  
que con otros cuatro mil.—  
¡Y llueve!... Y allá á lo lejos  
nunca se deja de oír  
la voz de las avanzadas,  
y toda la noche así,  
su cantar es el «¡alerta!»  
su compañero el fusil.

### III.

¡Noche-Buena, noche triste!  
¿Cómo han de dormirse, dí,  
si les brindas con recuerdos  
que no los dejan dormir?  
¡Qué oscuridad!... Son las doce,  
suspira el aura sutil,  
y llora el ave nocturna,  
y oye al punto rugir  
Ya nadie canta ni ríe;  
todos tienen ante sí  
los cuadros de lo pasado,

las nieblas del porvenir.  
Madres, amantes y hermanas,  
en esta noche, decid:  
¿no echais de menos las prendas  
para cuyo amor vivís?...  
Madres, amantes y hermanas,  
por ellas á Dios pedid:  
que está de parto la Virgen,  
y vosotras no dormís.  
¡Noche de santos recuerdos,  
sus horas no tienen fin!  
Y por eso en muchas tiendas  
con inocencia infantil,  
al fulgor de las bujías,  
que se cansan de lucir,  
revélanse los amigos  
muchos afectos que allí  
dan consuelo á los mas tristes  
y los hacen sonreír.  
Pero vagas, á lo lejos  
oíais las voces oíd  
que las firmes avanzadas  
no cesan de repetir...  
Su cantar es el «¡alerta!»  
Su compañero el fusil.

## ROMANCE XII.

FELICES PASCUAS.—POR TIERRA Y POR MAR.

### I.

Después de la Noche-Buena,  
risueña llegó la Pascua,  
alegre para el soldado,  
feliz para nuestra Patria.  
Que mal disfrutaban del ocio  
y del vagar de las armas  
los que esperando la aurora  
sueñan con nuevas batallas;  
los que ilustrando su nombre  
con sus brillantes hazañas,  
jamás, ni aun después del triunfo,  
sobre los lauros descansan.

Mala la hubieron los moros  
por su ciega confianza;  
que hallar pensaron rendidas,  
al nacer la luz del alba,  
á las tropas que gozaron  
noche de grande algazara,  
llevando hasta sus guaridas

AFRICA.

himnos de la fe cristiana.

Pero el General en jefe,  
que á los moros esperaba,  
en los puestos avanzados  
mandó redoblar las guardias,  
y encomendó la cautela  
y la mayor vigilancia.

Resuena en los campamentos  
el vivo toque de diana,  
y á sus alegres sonidos  
responde la voz de ¡alerta!  
Que ya del vecino bosque  
brotan las fuerzas contrarias,  
y hasta tocar las trincheras  
con furia terrible avanzan.

Y á lo largo de la línea  
se extienden después y amagan  
envolvernos, pretendiendo  
invadir en desbandada  
el valle de Tarajár,  
donde el Ejército acampa.



Pero el General Turon,  
el soldado de gran fama,  
ya con sus valientes llega,  
y al enemigo rechaza.

El denodado Cervino  
allá va con su brigada,  
y Mogrovejo y Otero,  
y el mismo Ros, que comanda  
el heroico Cuerpo, acude  
donda el peligro le llama.  
Con la division segunda  
luego el General Quesada  
de Tetuan sobre el camino  
por extrema izquierda marcha.  
Y mas de quinientos moros,  
que avanzando por la playa,  
fueron á emboscarse en una  
de las mas hondas cañadas,  
sorprendidos y diezmados  
por nuestras brillantes cargas,  
huyen cubriendo las rocas  
con sus municiones y armas.  
Y donde quiera deshechas  
aquellas tropas fanáticas,  
estréllanse con su furia  
contra la elevada táctica  
del gran caudillo que rige  
los destinos de la Patria,  
contra los dignos esfuerzos  
del tercer Cuerpo, que alcanza,  
con su jefe Ros, la gloria  
de tan brillante jornada.

Y para nuestros hermanos  
asi comienza la Pascua,  
de fresco laurel ceñida,  
con nuevos timbres ornada.

Seguid, seguid escuchando  
en sus romances al alma;  
que aunque es humilde su acento,  
mas grandes victorias canta.

## II.

¡Veintinueve de Diciembre!  
¡Cómo el corazon se embriaga  
con los recuerdos de un día  
de tal prez y gloria tanta!

Los infieles atacaron  
al batallon de Vergara,  
que firme á los incansables  
*Ingenieros* apoyaba  
en la senda de Tetuan,

que la del triunfo señala.

Dejemos al tercer Cuerpo  
en las ásperas montañas,  
arrollando vigoroso  
á aquellas feroces kábilas,  
de sus fuertes posiciones  
con denuedo rechazándolas.

Contemplemos á los puros  
fulgores de la mañana  
el horizonte sereno,  
la mar limpia y sosegada.

Todo anuncia la alegría  
de un pueblo que se levanta  
para recordar al mundo  
su inmensa gloria pasada.

Van á tronar los cañones  
que en Lepanto retumbaban,  
anunciando sus acentos  
á las naciones extrañas  
la resurreccion magnífica  
de aquella invencible armada  
que impuso al orbe sus leyes,  
y que en sus empresas árdias  
hasta las soberbias olas  
vió de su poder esclavas.

¡Ved!... sobre el limpio crista  
ya se desliza la escuadra.  
Es el vapor *Vasco Nuñez*  
nuestra nave capitana,  
despues siguen otras nueve  
entre ellas *Princesa* y *Blanca*,  
*Colon*, *Isabel Segunda*,  
*Villa de Bilbao*, y marchan,  
para el combate dispuestas,  
baterías destrincadas,  
divisándose á lo lejos  
de Tetuan las torres altas,  
de los fuertes de la ria  
las almenas artilladas.

Ya doblan el Cabo-Negro,  
ya penetran en las radas  
y óyese un «¡viva O-Donnell!»  
y *Vasco Nuñez* dispara,  
y sigue luego *Isabel*,  
y despues las dos fragatas  
dirigen al mismo tiempo  
de estribor las andanadas.

La batería rasante  
del infiel sus fuegos lanza,  
y la *Villa de Bilbao*  
ya con los suyos la abrasa;

y al verla arder en los buques,  
en medio de la algazara,  
se mezcla la voz de «¡fuego!»  
con gritos de «¡viva Español!»...

Ya el fuerte se desmorona,  
y sus baterías callan  
y son hundidas, deshechas,  
pasto de voraces llamas.

Y aun se ve sobre las ruinas  
rota bandera africana;  
y quieren nuestros marinos  
entre el polvo sepultarla.

Pero el General Herrera  
poner la señal ya manda  
de *alto el fuego*, y así dice:

—Basta, mis valientes, basta;  
yo no ofendo al enemigo  
que enmudece ante mis balas.

Noble frase del que puede  
hacer honor á la raza  
de los Gravinas y Ulloas,  
de los Bazanes y Laurias.

Y así con rumbo á Algeciras  
vuelve triunfante la escuadra,  
saludada en Cabo-Negro  
por un bajel de la Francia,  
nacion que de nuestra ruina  
maritima ayer fué causa,  
y que hoy admira en silencio  
lo que ha de poder mañana  
esté pueblo, que despierta  
del sueño de la desgracia.  
—Seguid, seguid escuchando  
en sus romances al alma;  
que aunque es humilde su acento,  
mas grandes victorias canta.

## ROMANCE XIII.

### BATALLA DE LOS CASTILLEJOS.

#### I.

Con victorias despidieron  
el año las tropas nuestras,  
y todavía los gritos  
del postrer combate suenan.

¡Oh! ¡qué brillante es la aurora  
que el año nuevo presental  
¡Qué ricos lauros anuncia,  
qué magníficas diademas  
para los héroes ilustres  
que crueles ultrajes vengan!...

¡Bien venido, bien venido  
el año de las proezas,  
el de la Española gloria,  
el de la ruina agarena,  
el que en la fe del cristiano  
la luz á los ciegos muestral

Terrible será la lucha  
con que empiece su carrera;  
solemnes serán las horas  
de la batalla sangrienta.

Oyese el toque de diana,  
y avanza ya la reserva,  
con su General al frente,  
de nuestro honor por la senda.

Detras va O-Donnell, midiendo  
con su clara inteligencia

cuanto en aquel gran paso  
la Patria gana y arriesga.

Y con el segundo Cuerpo  
Zavala la marcha cierra;  
que el ilustre enfermo busca  
los peligros porque sean  
sus nuevos timbres de gloria  
bálsamo de sus dolencias.

Hoy no apoyarán al moro  
para sus mañas arteras  
las ventajas de un terreno  
que fue su mayor defensa.  
Solo el excesivo arrojó  
y el calor de la pelea  
podrán sacarnos del valle  
cuya posesion nos lleva  
hasta la ciudad sagrada  
por mas fáciles veredas.

Ya Prim con sus batallones  
se hace dueño sin gran pérdida  
de la casa de Marabut  
y entre tanto con destreza  
artillería de mar  
y artillería de tierra  
barren el llano y el bosque,  
y el valle por nuestro queda.

Alli los bravos marinos,  
que con júbilo contemplan

de sus tiros el efecto,  
á bordo se desesperan,  
y ansian gloria mas brillante,  
y tomar parte desean  
en los peligros que corren  
sus hermanos, y ya dejan  
los buques y á tierra saltan,  
y descienden por las peñas,  
y únese á la infantería,  
y con Lobo á la cabeza,  
lidian con teson y vencen,  
dando vivas á la Reina  
y á la Patria y al Ejército,  
que con sus vivas contesta;  
y el mar los ecos repite  
y en las montañas resuenan.

## II.

A invadir el ancho valle  
vuelven las contrarias fuerzas,  
que crecen con las que avanzan  
por las cañadas de Anghera.

Los grupos de los infantes  
por los riscos se descuelgan,  
y saltan, hieren y rugen  
como acosadas panteras.

¡Hélos, hélos por dó asoman!  
ya vienen en son de guerra,  
ya vienen jinetes moros,  
tremolando cien banderas.

En raudos potros cabalgan,  
dejando las bridas sueltas,  
por blandir con ambas manos  
armas en que el sol refleja.  
Con las desnudas rodillas  
á los corceles estrechan,  
que ya galopan unidos,  
ya saltando se dispersan;  
hacen giros capriciosos,  
gallardos caracolean,  
recelosos de su sombra,  
escarban la ardiente arena  
y la salpican de espuma,  
dando botes de impaciencia.

Y flotan los alquiceles,  
que con los broches sujetan,  
y bajo el jaique bordado  
las arrogantes y esbeltas  
figuras alzanse firmes  
en las sillas arabescas.

Y así poco á poco avanzan;

y cuando pisan la yerba  
del valle de Castillejos,  
con la mirada penetran  
en el fondo, y un instante  
á nuestro Ejército observan.

Y siguen, siguen su marcha,  
y á poca distancia llegan  
de nuestra caballería,  
que, aunque escasa, se impacienta  
por cargar contra los moros,  
que en desbandada se acercan.

Allá van nuestros valientes  
húsares de la Princesa,  
y animan á sus bridones,  
y derriban y atropellan  
cuanto se opone á su paso  
y al afan que los inquieta.

Sobre cadáveres moros  
con impetu ardiente vuelan,  
cual sobre tronchados árboles  
los sorlos de la tormenta.

Vedlos allá, sable en mano,  
ensangrentada la espuela,  
tendida la faz sudosa  
sobre las crines revueltas.

¡Oh! bajo aquellos dormanes  
los corazones alientan  
de los cristianos guerreros  
de las mas gloriosas épocas,  
los de los ferrados trajes,  
los de las cruces bermejas.

Y allá van tras los ginetes  
que, con torpe estratagemas,  
fingen huir, arrastrándolos  
á las cañadas estrechas,  
donde se ocultan las kábilas,  
de noble sangre sedientas.

Mas ellos no ven peligros,  
y rápidos atraviesan  
entre el mortifero fuego  
que brota de las malezas.

Y caen, y en las hondas zanjas  
revuélvense á duras penas,  
y lidian, siempre avanzando,  
sin proferir una queja.

Ya miran allá en el fondo,  
ya miran como blanquean  
del campamento enemigo  
las diseminadas tiendas.

Y allá corren nuestros húsares,  
y ya penetran en ellas,

dando tajos y estocadas  
sin un momento de tregua.

Del caballo mal herido  
cae el teniente Ahaurrea,  
y el cabo Perez Navarro  
le salva de muerte cierta,  
recogiéndole en su silla  
y acorralando las fieras;  
que de *valor y piedad*  
los nuestros dan altas pruebas.

Pero allá va Pedro Mur  
á ofrecer en lid abierta  
nuevos timbres á la Patria  
con una rota bandera.  
La tremola un africano  
que, con músculos de atleta,  
va revolviendo su potro  
por el llano y la ladera.  
En pos del valiente cabo  
lánzase con entereza,  
y chocan los dos ginetes,  
y despiden mil centellas  
el sable y el corvo alfange,  
y al estandarte se aferra  
el heróico Mur; derriba  
de una estocada tremenda  
al infiel, y hácia los suyos  
vuelve con su rica presa.

Y ya los dos escuadrones  
retornan, sufriendo pérdidas,  
deshechos, más victoriosos,  
diciendo al mundo con letras  
de su ilustre y pura sangre:  
— «¡Por su Patria y por su Reina  
mas allá van los bizarros  
húsares de la Princesa!»

### III.

Entre tanto los infieles  
del valle se enseñorean,  
y sus huestes formidables  
con nuevos grupos aumentan.  
Desalojarlas del cerro  
que ocupan es gran empresa,  
y bien el caudillo sabe  
al bravo que la encomienda.

Ya Prim, con los de *Luchana*,  
*Vergara*, *Príncipe* y *Cuenca*,  
se hace dueño de la cumbre,  
tras obstinada refriega.

Desde allí ve el campo moro,

donde su sangre vertieran  
Fuente-Pelayo y Aldama  
y Salvadores y Herrera.

Y secundar la embestida  
de los húsares anhela;  
pero sus impetus nobles  
y su ardor O-Donnell templa.  
Porque el General en jefe  
con su admirable prudencia,  
siempre al dar un paso mide  
cuánto vale y cuánto cuesta.

Mas, ¡ay! que con doble furia  
vuelven á atacar las fieras,  
que surgen centuplicadas  
detrás de arbustos y peñas.

Y otra vez toman el cerro,  
y otra vez vencidas ruedan,  
y vuelven á levantarse  
y á luchar con insistencia.  
Y son ciento para cuatro,  
y en tan desigual pelea,  
Pieltain y Salazar  
caen heridos, y aunque llegan  
los artilleros valientes  
con su coronel Berrueta,  
cada diez contra doscientos  
con sordo fragor se estrellan.

Ya de los bravos de *Córdoba*  
Prim se pone á la cabeza,  
ya las pesadas mochilas  
les hace dejar en tierra.

Rechazar á los infieles  
una y otra vez intenta,  
pero las nubes de plomo,  
sembrando la muerte, arrecian.

Y ellos avanzan, avanzan,  
y rojo ya de vergüenza,  
Prim entre continuas órdenes  
jura, maldice, reniega.

Ya en sus manos de la Patria  
el noble estandarte ondea,  
y afirmase en los estribos,  
y exclama con voz tremenda:

— «¡Soldados, esas mochilas  
son de vuestro honor las prendas;  
si caen en poder del moro,  
lo serán de vuestra afrenta.  
La honra lleva de España  
quien hoy su estandarte lleva:  
si me abandonais cobardes,  
de España sereis la mengua.»



Y lánzase al enemigo  
aquel genio de la guerra,  
vehemente y arrebatado,  
y le circundan espesas  
nubes de inflamada pólvora,  
mil y mil tiros le asesian,  
y llueven ardientes balas,  
que al nuevo Aquiles respetan.

Ya con las hordas salvajes  
nuestros batallones cierran,  
con las cortantes gúrnias  
crúzanse las bayonetas,  
y en la disputada altura,  
que sangre abundosa riega,  
siempre con la voz de mando  
el son de ataque se mezcla,  
que á un tiempo anima á los nuestros,  
y á los infieles aterra.

Allá el invicto Zavala  
con disciplinadas fuerzas,  
dando ejemplo de heroismo,  
apoya pór la derecha

al inmortal adahd,  
que dueño del campo queda.

Se oyen aclamaciones  
á la Patria y á la Reina,  
y aun las montañas repiten  
los ecos de las cornetas,  
y el relinchar de los potros,  
y el cruji de las cureñas,  
y la voz del muribundo,  
que al espíritu amedrenta.

Y trasponiendo las cumbres,  
ya las huestes agarenas  
van á llorar la derrota  
á su ciudad predilecta.  
¡Tetuan, la perla preciada  
de los hijos del Profeta!  
Allá van los invasores,  
allá los que agravios vengán,  
los que por triunfos brillantes  
las luchas terribles cuentan,  
los que á su paso no hallan  
obstáculos que no vengán.

## ROMANCE XIV.

MONTE-NEGRON.—NOCHE DEL 7 DE ENERO.

### I.

Día de los Santos Reyes,  
¿por qué tu estrella se nubla,  
y en pos de tu sol tan triste  
viene otro sol que no alumbra?

Cargado está el horizonte,  
cargado de negras brumas,  
estragos el mar presagia,  
horrores el cielo anuncia.

¿Qué importa? Nuestros soldados  
ni se abaten ni se turban;  
avanzar solo ambicionan,  
y el cómo no lo preguntan.

Reina ya en los campamentos  
la animacion y la bulla,  
y abatidas ya las tiendas,  
vuélvese á emprender la ruta.

¡Qué difícil es el paso  
del Monte-Negron! La altura  
coronan los enemigos,  
que, si peñascos derrumban,  
gente, armas y caballos,  
bajo su poder sepultan.

Pero el arte de la guerra  
favorece á quien le estudia;  
con él nuestros Generales  
de mil obstáculos triunfan.

Y así, por desfiladeros  
todo el Ejército cruza,  
teniendo á raya á los moros,  
dejando atrás las Lagunas.

### II.

Sobre el valle Azmir acampan  
nuestras marciales columnas,  
sin que un momento el alarbe  
aquel gran paso interrumpa.

Es que está desalentado  
desde las derrotas últimas,  
y es que de los Castillejos  
fué la leccion harto dura.

¡Oh! pero mas nos valiera  
lidiar con aquellas furias,  
y resistir sus ataques,  
y contrarrestar su astucia,  
que tener por enemigos  
el huracan y las lluvias.

la cruel tormenta, que en vano  
nuestros valientes conjuran.

¡Ay qué noche! llueve á mares,  
truenos prolongados zumban,  
las tiendas el viento arrastra,  
si el agua no las inunda;  
y ni una luz en el valle,  
y el Monte-Negron á oscuras,  
y el mar que brama á lo lejos,  
nuncio de mayor angustia;  
todo imponente amenaza,  
todo es horror y pavora,

Y la peste asoladora

Ilustres víctimas busca,  
y es en vano que la ciencia  
con sus consuelos acuda,  
si todos los elementos  
contra la ciencia se juntan.

El soldado no se abate,  
que alza la frente desnuda,  
y en el viento que la azota  
la voz de la Pátria escucha.  
Y si mas rudos pesares  
á su corazon abruman,  
ni su pecho se acobarda  
ni su fé desmaya nunca.

## ROMANCE XV.

TEMPESTAD. — ANGUSTIAS.

I.

O-Donnell, atento siempre  
á sus queridos hermanos,  
nuevos horrores temiendo,  
mayor pena recelando,  
con el temporal terrible  
que nos embaraza el paso  
y sigue poniendo á prueba  
la constancia del soldado,  
desde la escarpada cumbre  
que domina los pantanos  
tiende sobre el mar la vista,  
su buena estrella buscando.  
Pero de su clara lumbre  
ya se extinguieron los rayos,  
y han muerto sus esperanzas  
á la luz del desengaño.

¡Oh! no se ve ni un navío,  
ni un vapor, ni un solo barco  
sobre la extension inmensa  
del mar, que retumba airado.  
¿En dónde está nuestra escuadra,  
que venía costeano,  
siguiendo los movimientos  
de los batallones bravos?  
En dónde aquellos bajeles,  
que encerraban en sus cascos  
la existencia de un Ejército  
celoso del honor pátrio,  
vencedor entre las rocas  
y en el monte y en llano?

Un viento cimbró sus mástiles,  
de la tempestad presagio;  
bravas las olas rugían,  
y en sus cristales infaustos  
el cielo se retrataba,  
de negras nubes preñado.

Ya los bajeles huyeron,  
montes de espuma salvando,  
y si un momento se aguardan,  
se estrellan en los peñascos.

II

¡Allá van! y los marinos,  
de peligros rodeados,  
al mar y al viento se entregan,  
con viento y con mar luchando.

Pero mientras ven la costa,  
tienden hácia allí los brazos,  
hácia el áspero terreno  
que conquistan palmo á palmo  
y con su sangre fecundan  
sus incansables hermanos.

Entonces triste y horrible  
se les representa el cuadro  
de destruccion que aguarda  
á aquellos infortunados,  
que ya con hambre, con peste,  
sin la escuadra, que es su amparo,  
morirán, morirán solos,  
y serán de fieras pasto,  
y hermanas, madres y amantes,  
cuando vayan á buscarlos,

no hallarán cruces ni lápidas  
en donde verter su llanto.

Los piadosos marinos,  
de sí mismos olvidados,  
piensan volver á la costa,  
y ansian volar á salvarlos,  
y ajenos peligros temen,  
viendo ya el suyo cercano.

Y zumban los roncós truenos,  
sigue, sigue diluviando,  
y el mar abre sus abismos,  
y rompe nubes el rayo.

A su claridad fatídica,  
el Almirante bizarro,  
sereno desde cubierta  
aguarda el duro fracaso.

Entre las revueltas olas  
van los buques rebotando,  
y la veloz *Rosalía*  
tras de mil esfuerzos vanos,

corre á varar á la playa,  
donde al fin están en salvo  
los destrozados marinos,  
que ven venir á auxiliairos  
a aquellos por cuya suerte  
la suya propia olvidaron.

Y todos á un tiempo lanzan  
gritos de amor y entusiasmo,  
y se estrechan, cantan, rien,  
y no miran entretanto  
que la tempestad no cede,  
que el mar sigue rebramando  
y anuncia con voz terrible  
mil desastres, mil naufragios.

¡Ay de mi España querida,  
si Dios deja de su mano  
á los valientes guerreros  
celosos del honor pátrio,  
vencedores en las rocas  
y en el monté y en el llano!...

## ROMANCE XVI.

TRAS LA TEMPESTAD LA CALMA.—CABO-NEGRO.

I.

¡Bustillo, noble Almirante,  
que mil peligros arrostras;  
luchando al par con los vientos  
y con las soberbias olas,  
por librar á tus hermanos  
de su terrible zozobra!  
De Cisneros y Gravina  
te saludan hoy las sombras,  
ofreciéndote sus lauros  
desde el templo de la gloria.  
Porque á su bendita Patria  
con hechos tan grandes honras.

¡Oh cómo el alma consuelan  
la blanca luz de la aurora  
y el hermoso azul del cielo,  
tras la maldecida sombra  
de la tempestad horrible,  
de eterna y triste memoria!

¡Bien venida, bien venida,  
suave luz consoladora!  
Con gozo te ve mi España,  
con entusiasmo las tropas,  
y en tí, Zavala bizarro,

á quien las dolencias postran,  
después de tantas angustias,  
halla su esperanza hermosa.

Pero ¡qué triste espectáculo  
en la playa y en las rocas!  
Allí ¡ais perdidas prendas  
de la malparada flota;  
allí los tronchados mástiles  
de otros buques de la costa,  
y despojos de los naufragos  
que el agua enturbada arroja.

Aun el mar las altas peñas  
bate con furia espantosa,  
y cien veces de Bustillo  
la resolución heroica  
contra aquel poder se estrella,  
que contrastar ambiciona.

Mas la voluntad gigante  
los grandes intentos logra,  
y ¡vedlo! nuestros bajeles  
tras los peñascos asoman,  
nuncios de santa alegría,  
que amargos recuerdos borra,  
porque ellos traen la existencia  
de los que son en buen hora



firme sosten de la Patria,  
defensores de su honra.

II.

¡Adelante y atrás quedan  
montes y cañadas hondas!  
¡Adelante, los soldados!  
¡huyan las salvajes hordas  
que del alto Cabo-Negro  
el gran paso nos estorban!

Y avanzan, avanzan siempre,  
y unos á otros se apoyan,  
y hacen fuego, trepan ágiles  
por las enriscadas lomas,  
y á los espantados moros  
de sus puestos desalojan,  
y peñas y matorrales

riegan con sangre preciosa.

¡Arriba ya los valientes!  
por cientos los tigres brotan;  
si atacan los de *Castilla*,  
vengan por miles, ¿qué importa?

¿Los veis? Ya sobre la cumbre  
nuestra bandera tremolan,  
y hasta sus propios aduares  
á los infieles acosan.

¡Alto! Tended ya la vista  
por las vegas deliciosas,  
mirad la perla preciada  
de los hijos de Mahoma.

Vuestra será, mis valientes,  
vuestras hazañas lo abonan,  
sois españoles y honrados,  
y para el intento sobra.

## ROMANCE XVII.

### PRISIONEROS MOROS—CARIDAD CRISTIANA.

I.

Cinco moros hay en Ceuta,  
cinco moros prisioneros,  
ni por sorpresa lo han sido,  
ni sin lidiar se rindieron.  
Que luchando brazo á brazo  
los apresaron los nuestros,  
cuando acosados rugían  
como el tigre en el desierto  
que á los pies del cazador  
se arrastra ya sin aliento.

Maldecían su fortuna,  
que los puso en tal extremo,  
á merced de los cristianos,  
sus enemigos eternos.  
Y á comprender no alcanzaban,  
con su fanatismo ciegos,  
que es nuestra fe pura fuente  
de dulcísimos consuelos;  
que la cruel intolerancia  
se hundió ya con sus tormentos;  
que la ley de los tiranos  
no es la ley del Evangelio.  
Y comprender no podían  
los miserables y abyectos  
que las naciones que marchan  
con la antorcha del progreso,

AFRICA.

llevan en su luz la vida,  
la redención de los pueblos,  
que en la esclavitud sucumben,  
de la inteligencia enfermos.

Pero ya los africanos  
mudos yacen en sus lechos,  
rodeados de enemigos,  
que los tratan con afecto,  
y los curan y consuelan  
como á propios compañeros.

Tan noble conducta admiran,  
y les infunde respeto  
los cuidados de la hermana  
de la Caridad, del médico,  
del soldado, que están todos  
á su bienestar atentos.

Porque el guerrero español  
es, como fue en todos tiempos,  
humilde con el vencido,  
con el vencedor soberbio.

Y así, ni aun para los moros  
guarda rencor en el pecho;  
su crueldad en las lides  
va á vengarla cuerpo á cuerpo.

II.

Y aquí debo relataros  
un episodio muy tierno,



de la Caridad Cristiana  
como interesante ejemplo.

Iban, iban, acosando  
con sus disparos ciertos  
nuestros bravos cazadores  
á los feroces rifeños.

Estaba lloviendo á mares,  
silbaba furioso el viento;  
y en las quebradas remedaba  
mil gemidos lastimeros.

—¡Un aduar!— los nuestros gritan  
al llegar al pie de un cerro;  
y de las inmundas chozas  
salen veinte, treinta, ciento,  
dando alaridos terribles,  
las espingardas blandiendo.  
Tras un instante de lucha  
huyeron todos, y huyeron  
llevándose las mujeres  
y los sucios pequeñuelos,  
que arrastrando caminaban,  
de lodo y sangre cubiertos.

Y aun el fragor del combate  
escuchábase á lo lejos,  
y ya, del campo señores,  
se retiraban los nuestros,

cuando un grupo de soldados  
halló tendida en el suelo  
á una mora con dos niños,  
rotos, desnudos, hambrientos.

Y diluviaba, y el aire  
seguía siempre rugiendo,  
y los dos niños lloraban,  
de hambre, de frío, de miedo.  
Mirólos la triste mora  
con semblante descompuesto,  
les tendió los flacos brazos  
y alzó los ojos al cielo.

—¡Ohre madre! ¡pobres hijos!  
murmuraron los guerreros,  
y el llanto bañó su rostro,  
y todo su pan les dieron,  
y despues con sus capotes  
y con sus mantas cubriéndolos,  
los fueron acompañando  
del infiel al campamento.

¡Oh virtud, virtud divina,  
que ejerces tan noble imperio!  
Quien para sus enemigos  
albergue te da en su pecho,  
es cristiano y algo tiene  
de los ángeles del cielo.

## ROMANCE XVIII.

PREPARATIVOS.—PRIM Y LOS VOLUNTARIOS CATALANES.

### I.

Reune todas sus fuerzas  
el Príncipe del Algarbe,  
pues ya por los movimientos  
de las cristianas falanges  
comprende que del asalto  
se acerca el supremo instante.  
Grande ha sido la derrota,  
ruidos fueron los desastres  
que sufrieron sus ejércitos  
en aquel extenso valle,  
el postrer día del mes,  
que fué nuncio de sus males.

Con su hermano Ahmet dispónese  
á resistir el ataque,  
y enérgicamente excitan  
á las habilas salvajes,  
porque su bárbaro empuje

con los cristianos acabe.

Y mientras, revela O-Donnell  
á los demas Generales  
de la próxima batalla  
los bien concertados planes,  
que de la ciudad morisca  
pondrán á sus pies las llaves.

Dispónese el tren de sitio  
y avanzan ya los bagajes,  
do quiera cruzan con órdenes  
los celosos ayudantes,  
todo es movimiento y vida  
y belicosos alardes,  
y afán de nobles laureles  
y ambicion de empresas grandes

### II.

En muy buen hora llegaron  
los Dizarros Catalanes;

recíbelos el Ejército  
con abrazos y con plácemes,  
como á los hermanos de armas  
cuyo valor ha de honrarle.

A las órdenes ingresan  
de aquel Conde infatigable,  
del héroe de Castillejos,  
de aquel que contra el alarbe  
renovó las altas glorias  
de los Cides y Guzmanes.

—«Bienvenidos, mis paisanos;  
les dice con voz vibrante;  
bienvenidos á estas tierras  
á lidiar con musulmanes;  
hoy las veis, quizás mañana  
las regueis con vuestra sangre;  
legais al fin de la gloria,  
vanca para el bien fué tarde.

¡Ay si de mi Cataluña  
compañais el estandarte!  
Con uno solo que tiemble,  
que en el peligro no avance,  
os juro que ya ninguno  
volverá á ver sus hogares,  
que mas valeis aquí muertos  
que en nuestra Patria cobardes.

Y mil vítores contestan  
á tan elocuentes frases;  
todos combatir ansian,  
en todos los pechos arde  
la llama del patriotismo,  
de ese anhelo inesplicable  
que hace de los hombres héroes,  
de los pigmeos gigantes,  
de los olvidados pueblos  
naciones ricas y grandes.

## ROMANCE XIX.

### TETUAN POR ESPAÑA.

#### I.

Despierta, cantor, despierta,  
que el Genio busca tu voz!  
Si cantas glorias de España,  
¿por qué duermes, trovador?  
Si en los rayos de la luna  
vengo á mostrártelos yo,  
para anunciarlas al mundo  
no aguardes la luz del sol.  
Ya la calma de la noche  
turba el lejano rumor,  
y es que en alas de la brisa  
á vuestras playas llegó,  
buscando eleco en la Patria  
el grito del vencedor  
que alzó en la patria del moro  
el estandarte Español,  
porque á Dios lleva consigo...  
*¡Bendito el nombre de Dios!*

—Despierta, cantor del alma,  
llene el espacio tu voz,  
y responde á tus hermanos  
con himnos de bendición.  
Yo con los ceos mas dulces  
daré aliento á su valor,  
porque el Genio de la Guerra

siempre á los héroes llevó  
los lauros de la victoria  
con besos del patrio amor.  
Canta las glorias que España  
con ruda lid alcanzó,  
para que asombren al mundo  
antes de que brille el sol.  
A guiar á tus hermanos  
vuelo al campo del honor;  
que Dios protege sus armas...  
*¡Bendito el nombre de Dios!*  
—Patria, mi Patria querida,  
si el Genio me despertó  
¿por qué no trajo en sus alas  
la luz de la inspiración?  
Mas para ensalzar tu nombre  
no bastan palabras, no;  
que no hay humano lenguaje  
que traduzca el corazón  
en estas horas supremas,  
en que te llena tu amor.  
Solo interpretan las lágrimas  
esa profunda emoción  
que da vida al entusiasmo  
del noble pueblo español,  
puro manantial de goces,  
que de las manos brotó

del Dios de nuestros Ejércitos...

*¡Bendito el nombre de Dios!*

Ya llena alegres los aros  
de cien campanas el son,  
que de las brisas marinas  
el apacible rumor  
a la villa coronada  
con la gran nueva llegó.  
Hermosa brilla la luna,  
y á su claro resplandor,  
mujeres, ancianos, niños  
y mozos en confusion,  
por las calles y las plazas  
gritando van á una voz  
entre lágrimas y risas,  
mientras retumba el cañon:  
«¡Viva nuestra invicta Patria!»  
y antes de lucir el sol,  
nuestra gloria asombra al mundo....  
*¡Bendito el nombre de Dios!*

II.

Si, como el Serrallo, Aghera  
gran victoria presenció;  
si de otras fueron testigos  
Castillejos y el Negron,  
la del cuatro de Febrero  
la infiel espanto dió;  
que cada triunfo de España  
le anuncia siempre mayor.

Que asaltando las trincheras,  
defendiendo con teson,  
oficiales y soldados,  
movidos por una voz,  
brazo á brazo combatieron  
con tan noble exaltacion,  
que despues de unos instantes  
de estrago, sangre y horror,  
«¡victoria! — gritan — ¡victoria!»...  
*¡Bendito el nombre de Dios!*

Qué puñado de valientes  
Cataluña nos mandó  
para honrar aquella tierra  
ni el mismo Roger de Flor.  
No en vano Prim con sus frases  
á lidiar les alentó.  
*¡Qué modo de acometer!*

¡qué fuego, qué decision  
al avanzar los primeros  
no bien el clarín sonó!  
Ya se hundien en los pantanos,  
ya redoblan su furor;  
¡ay! que Sugrañes, el jefe,  
muerto en la lucha cayó.  
Y caen ciento y otros ciento  
de la *Princesa y Leon*;  
Dios los corone de gloria....

*¡Bendito el nombre de Dios!*

Dando tajos y mandobles,  
Prim por la tronera entró,  
y O-Donnell al mismo tiempo,  
va con su Estado Mayor  
animando á los soldados  
en lo recio de la accion.  
Ya su hermano D. Enrique  
á las alturas corrió,  
persiguiendo á los infieles,  
que huyen mudos de pavor.  
Ya la torre de Geléi

con sus valientes ganó:  
Muley-Abbas con los suyos  
va llorando su baldon,  
y *¡estaba escrito!* murmura  
en su profundo dolor,  
mientras los nuestros repiten:  
*¡Bendito el nombre de Dios!*

Allá van, con el caudillo,  
Prim y Rios y Turon,  
y todos los Generales,  
dando ejemplo de valor.  
Ya es el campo de los moros  
del Ejército español,  
con sus tiendas y banderas  
cañones y municion.  
Y huyeron los dos hermanos  
del vencido Emperador,  
y todo se lo abandonan  
al que en cien lides triunfó.  
— Ya el Conde á los de la plaz  
intima la rendicion,  
y abren las puertas los moros,  
aplaudiendo al vencedor;  
que son buenos los cristianos,  
y su Dios EL SOLO Dios.



## ROMANCE XX.

### LA REDENCION DE UN PUEBLO.

I.

Los dos hermanos caudillos  
abandonan á Tetuan,  
y el sol sus rayos oculta  
entre las brumas del mar;  
que es monarca de los astros,  
y se avergüenza quizás  
de haber visto tanta mengua  
en quien tiene sangre real.

Por la escarnada vortiente  
de Sierra-Bermeja van  
con los corceles rendidos  
del continuo galopar.

No bien á la cumbre llegan,  
vuelven la pálida faz;  
tan amargas penas sienten,  
que no les dejan hablar.

Miranse los dos hermanos,  
miranse con hondo afán;  
que á sus padres muchas veces  
tristes oyeron contar  
que Boabdil perdió la perla,  
la hermosa perla oriental,  
y con ella se perdieron  
las glorias del musulman.

¡Sombra del Rey de Granada,  
que en Padúl gimiendo estás,  
este baldon de tus hijos  
sobre tu frente caerá!

II.

¡Huid, los caudillos moros,  
pero no mireis atrás  
por despediros con lágrimas  
de la perdida ciudad;  
que la sombra de la noche  
sus torres envuelve ya,  
y os maldice vuestro pueblo,  
sí, porque, genios del mal,  
ni supisteis darle leyes,  
ni quisisteis darle pan!

Hoy vuestros mismos soldados  
le saquean sin piedad  
y degüellan á sus hijos  
y así, de hogar en hogar,  
con sangre, con luto y lágrimas  
ponen el sello fatal  
á la esclavitud que sufren  
los descendientes de Agar.

¡Oh! ya rompe sus cadenas  
España, nuncio de paz,  
para asombro de naciones,  
que su gloria envidiarán.

Y libres de sus verdugos,  
otro sol al ver brillar  
ante la cruz del cristiano  
entusiastas gritarán:  
«¡Bienvenido, bienvenido,  
sol de eterna libertad!»

## ROMANCE XXI.

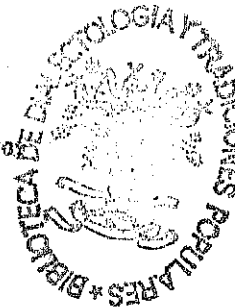
### BATALLA DE VAD-RAS.

I.

Guad-el-Jelú todavía  
con la enturbiada corriente  
cruza el valle, pregonando  
los triunfos de nuestras huestes.  
Aun va tñiendo sus ondas  
la sangre de los infieles,  
y hácia el ancho mar se arrastra,  
por mostrar al Guadalete

y al Luco que aun hay guerreros  
que con sus afrentas venguen  
la ruina de las naciones  
y la sangre de los reyes.

Ya retumba en la Alcazaba  
el cañon, ya nuestra gente,  
al escuchar la señal,  
toma las armas alegre,  
su equipo arregla, y atenta



e halla a la voz de los jefes.  
De cornetas y tambores  
se oyen toques diferentes,  
y luego la voz de mando,  
y el trotar de los corceles,  
y el fragor de las cureñas,  
que ruedan pesadamente.

Ya todos en marcha, todos  
con aire marcial se mueven,  
solo quedan en la plaza  
los que la plaza guarnecen.

Ríos con sus batallones  
ya por los montes asciende  
de Samsa, y corre á ganar  
las escarpadas vertientes  
que el valle Vad-Rás dominan,  
y con direccion al puente  
de Buceja marcha O-Donnell,  
sereno y tranquilo siempre.  
Con él Echagüe y su cuerpo,  
luego Prim con sus valientes,  
Rós con los sayos, Galiano  
con sus apuestos ginetes,  
los de las agudas lanzas  
y brillantes coselates,  
los de dormanes bordados,  
los de acerados arneses.

Y allá marchan decididos  
hácia la altura de enfrente,  
formidable posicion,  
que á la vista ha de ponerlos  
del Fondak, y que de Tánger  
marca la senda mas breve.

Allá marchan, y no hay uno  
que nuevas lides no anhele,  
donde probar el aliento  
del alma templada y fuerte.

Y siguen, y ya los grupos  
del enemigo aparecen  
á disputarles el paso;  
ya mas próximos los tienen;  
ya latan los corazones,  
que el entusiasmo enardece;  
y al gran choque se aperciben,  
y por las llanuras fértiles  
corren al festin de gloria,  
corren tal vez á la muerte.  
Y es que ambicionan cual nunca  
ceñir brillantes laureles.  
Y es que aquel día magnífico  
que es el último presenten  
con que la guerra les brinda

contra el musulman aleve.  
Y es que aquellos campeones  
á sus hogares no vuelven,  
sin que una vez mas la Patria  
grande y honrada de muestre.

## II.

Rudo, terrible es el choque  
con que aquellos combatientes,  
inundándolos de sangre,  
valles y montes conmueven.

Ya Ríos por la derecha  
toma posiciones fuertes,  
y alentando á sus soldados,  
grandes obstáculos vence.

Por la izquierda el primer Cuerpo  
con denuedo se sostiene,  
y en las ganadas alturas  
del alarbe se defiende.

Ya Prim á los enemigos  
entre sus fuegos envuelve,  
y cargan los catalanes,  
que el rio pasan, y al verse  
con las triplicadas fuerzas  
que sobre *Granada* vienen,  
con noble aliento se lanzan,  
cierran con ellos cien veces.

Y allí Garcia y Echagüe,  
y allí Galiano y Paredes,  
ganando siempre terreno,  
con infantes y ginetes.  
Allí el ardor del soldado,  
la prudencia de los jefes,  
del oficial el arrojo,  
todo, todo juntamente  
de acuerdo van con los plares  
del que dirige las huestes,  
del que con tanta fortuna  
tales hazañas emprende.

Ya los tercios vascongados  
en la lid su sangre vertien;  
ellos y los de *Tarifa*,  
arrojan á los infieles  
del aduar que encierra el bosque  
que los oculta y guarece.

Mas ¡ay! que tornan las fieras,  
y en una casa que encienden,  
un oficial de *Tarifa*  
solo está con su asistente.  
Con sus armas contra ciento  
se libraron de la muerte;

mas de las voraces llamas  
¿cómo podrán defenderse?

Allá van cuatro soldadas  
del batallon, arremeten  
contra el tigre, le acorralan,  
y *piadosos y valientes*,  
salvan á los dos cuitados  
que su gratitud ofrecen.

Entre tanto Prim avanza  
de los de *Leon* al frente,  
y aduares gana y alturas,  
y nuestra línea se extiende,  
y acosados ya los moros,  
que cuanto ocupaban pierden,  
hacen el último esfuerzo,  
impetuosos, ardientes,  
y rugen cual la pantera  
que, ya herida, desfallece,

viendo como la arrebatan  
los cachorros que desfiende.

—En el que fué campo moro  
descansan ya los que vencen;  
por el monte y por el valle  
corre la sangre á torrentes;  
es mucha de los cristianos,  
mucha mas de los infieles.

¡Ay, Dios, y qué bellos árboles  
son los que allí ya florecen!  
Hermosa brota la oliva  
junto á los frescos laureles;  
diademas de *Paz y Gloria*  
de sus dulces ramas penden.  
Ya es tiempo, querida Patria,  
de que al par ciñan tus sienes;  
que ante el mundo, que te admira,  
tu honor puro resp'andee.

## ROMANCE XXII.

### LA ENTREVISTA.

I.

Nuestros cañones retumban,  
y se escuchan otra vez  
gritos de jalarma! que llegan  
hasta el campo del infiel.

Ya con sus huestes O-Donnell  
la marcha vuelve á emprender.  
Si para tratar de paz  
un plazo pidió Muley,  
el que le fué concedido  
acaba de fenecer.

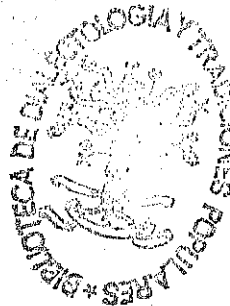
Las cajas y los clarines  
hacen la señal tambien...  
Si hay lucha, que Dios el triunfo  
á sus Ejércitos dé!

Mas ya por el valle asoman,  
en presuroso tropel,  
treinta gallardos jinetes  
de los mas nobles de Fez.  
Al frente el Principe llega,  
fatigando su corcel  
que antes de avanzar los nuestros  
al caudillo quiere ver.

II.

—«Gran cristiano, gran cristiano,  
por tu vida, di si es bien  
que á las armas demos tregua  
y cese la saña cruel.  
No alcanzan ya mis esfuerzos  
á resistir tu poder;  
y aunque para mengua propia,  
¿qué mucho, qué mucho es  
que se confiese vencido  
quien tantas veces lo fué?»—

Tales palabras pronuncia  
el desgraciado Muley;  
del tratado de paz firma  
las condiciones despues,  
y á su campo torna y óyense  
gritos de inmeaso placer,  
que revelan la ventura  
de los que con noble fe  
pelcaron y vencieron,  
soñando siempre volver  
á la Patria con los ricos  
blasones de su honra y prez



## ROMANCE XXIII.

### LA PAZ.

I.

Quiero cantar á la sombra  
de las benéficas palmas,  
quiero beber en la fuente  
de las cristalinas aguas,  
y escuchar las armonías  
de los suspiros del aura,  
y ver el cielo sin nubes  
y la mar en dulce calma.

Soy el que cruzó desiertos  
donde las fuentes no manan,  
el que atravesó los bosques  
donde el huracán rebrama;  
el cansado peregrino  
que en pos del destino marcha.  
Pues el oasis encuentro  
en mi penosa jornada,  
ya es bien que la ardiente aren:  
deje mi trémula planta,  
y que de los bosques huya  
de sus sombras infaustas.

Soy el cantor de la guerra,  
el trovador entusiasta  
que basea con sus romances  
el santo amor de la Patria.  
Yo lancé con mis hermanos  
el grito de la venganza;  
los ví volar atrevidos  
á las costas africanas;  
ellos triunfaron do quiera,  
y yo canté sus hazañas;  
canté las glorias de un pueblo  
que, con Dios y con su causa,  
á la faz del mundo absorto  
grande y noble se levanta.

Cese, pues, cese la lucha,  
de sangre y horrores lasta;  
que en el seno del hogar,  
entre suspiros y lágrimas  
esperan las pobres madres  
á los hijos de su alma.

II.

¡La Paz!... expresión divina  
de las puras bienandanzas!  
¡Baje! que cruza tranquilo  
la mar siempre sosogada,  
para llevar á los pueblos  
al puerto de la esperanzal  
¡Ojalá! quien canta enardecido  
el fragor de las batallas;  
quien á la naturaleza  
los colores arrebató,  
y en el lenguaje del arte  
expresa al mundo las ansias,  
el valor de los soldados  
que á los peligros se lanza,  
el jay! de los moribundos,  
las voces de los que mandan,  
el tronar de los cañones,  
el fuego, el humo que empaña  
el gran cuadro confundiendo  
guerreros, caballos y armas,  
el verdadero poeta,  
que esto siente y esto canta,  
recuerda á la vez que existen  
madres, amantes y hermanas  
que en las desastrosas luchas  
tienen pedazos de su alma;  
y entonces invocar debe  
con sus frases inspiradas  
á la Paz, que á los hogares  
vuelve la perdida calma.

—Aquí concluyen los cantos  
del trovador entusiasta.  
Si corazones que sienten  
responden á sus palabras;  
si al descubrir sus afectos  
los nobles afectos halla,  
y vierten sobre su libro  
de gratitud una lágrima,  
no quiere mas recompensa  
el que la logró tan alta.

FIN.

